

**CAMINAR HOY EN LA FE
POR LAS HUELLAS DEL CRUCIFICADO**

Francisco Chamberlain

Este breve artículo parte de una afirmación muy sencilla y, al mismo tiempo, muy evidente: hoy en la experiencia de la fe de nuestro pueblo pobre, y de los que se esfuerzan en solidarizarse con él, hay mucho de la experiencia del Crucificado. Esta evidencia pide una reflexión y una experiencia espiritual, creyente, que ya empieza a surgir en la nueva situación del país, y de la Iglesia.

Un tiempo de crisis profunda como el nuestro es un tiempo de incertidumbre que afecta a la vida en todas sus dimensiones. Es también un tiempo de juicio y decisión, de coherencia y creatividad, un tiempo que exige afirmar lo básico y lo fundamental de nuestra fe, en las situaciones nuevas que nos toca vivir. Por eso, la importancia de los esfuerzos de articular y precisar los rasgos o notas de la vivencia actual de la fe. A ese esfuerzo intentan aportar en algo las líneas que siguen.

Decimos que hay mucho de la experiencia del Crucificado en la experiencia actual de la fe de nuestro pueblo.-

Esta afirmación remite a las fuentes bíblicas de nuestra fe. ¿Cómo se entiende la Pasión y la Cruz en el Nuevo Testamento? Hay varias cosas que es pertinente recordar aquí. En primer lugar, es impresionante la sobriedad del relato de la pasión y muerte de Jesús. Los aspectos del sufrimiento físico y psíquico están presentes en el relato del Nuevo Testamento, pero de ninguna manera constituyen al centro de interés de los evangelistas. El sentido de la pasión y cruz de Jesús no se reduce para los evangelistas a los sufrimientos del Señor. A pesar de los diferentes enfoques teológicos de cada una de las cuatro versiones del Evangelio, todas ellas coinciden en entender la pasión y la muerte de Jesús como la revelación definitiva de su fidelidad y filiación radicales. De diversas maneras, el Nuevo Testamento presenta la pasión y muerte de Jesús como la expresión de la fidelidad extrema de Jesús al proyecto de su Padre para esta humanidad. Y es esa fidelidad radical la que revela a Jesús como el Hijo de Dios.

En el evangelio de Marcos, la muerte de Jesús encuentra su sentido en la proclamación del soldado al pie de la cruz: "verdaderamente este hombre era hijo de Dios" (115,39). Esta misma clave de interpretación es seguida por los otros sinópticos: Mateo 27,54 sigue a Marcos; Lucas 23,47 añade una nota que destaca la inocencia del Hijo de Dios. Juan 12,27-32 afirma, desde su perspectiva teológica, la misma idea: la muerte de Jesús, su fidelidad hasta el final, es una manifestación de la gloria de Dios; es decir, manifiesta a Jesús como realmente es, como Hijo. Fidelidad a la causa de Dios y manifestación de su ser de Hijo de Dios son las dos notas fundamentales del relato neotestamentario de la pasión y muerte de Jesús.

Por eso, cuando decimos que hay mucho de la experiencia del Crucificado en la experiencia de la fe del pueblo pobre hoy, no nos referimos en primer lugar al aspecto de sufrimiento físico y psíquico, aunque este sufrimiento de hecho está muy presente. Se trata,

más bien, de las nuevas o renovadas formas de fidelidad a la causa de Dios que van apareciendo en el caminar de este pueblo creyente.

UNA EXIGENCIA DE COHERENCIA

Hoy vivimos la disolución de la tentación de creer ver con toda claridad cómo ayudar a la construcción de un proyecto popular de participación y democracia. En realidad, el camino de este proyecto popular nunca ha sido fácil, ni tampoco perfectamente claro. Hoy, sin embargo, la oscuridad de este camino es una vivencia muy fuerte.

Igualmente, el proceso de la misma Iglesia es manifiestamente más complejo que en otros tiempos. En ella coexisten diferentes comprensiones en debate sobre cuál debe ser el lugar del pobre en la Iglesia y en la sociedad. La ambigüedad del testimonio de la Iglesia en relación al pobre es, con no poca frecuencia, una fuente de oscuridad e inseguridad para muchos.

El compromiso humano, histórico, a favor del pueblo pobre, como también la práctica pastoral de una Iglesia de los pobres, se encuentran, más que en otros tiempos, desprovistos de seguridades y claridades, ¿Cómo vivimos esta situación de no claridad, de inseguridad, una situación que se experimenta tanto en la sociedad como en el proceso interno de la misma Iglesia? ¿No hay algo de pasión y cruz en esta experiencia del fin de las claridades y seguridades de antaño? Porque una importante dimensión de la pasión y muerte de Jesús consiste precisamente en esto: en la incapacidad de vislumbrar por dónde va el camino, en la dificultad de expresar el sentido mismo de este caminar. No hay respuestas fáciles, por tanto, a las preguntas que hemos planteado. Por eso, asumir esta situación de oscuridad es adentrarnos en la experiencia del Crucificado.

Pero es justamente aquí donde tenemos que ser muy precisos. No toda experiencia de oscuridad es una participación en la pasión y cruz de Jesús. Adentrarnos en la experiencia del Crucificado es asumir la oscuridad del momento en fidelidad y coherencia con las grandes opciones de esta Iglesia en el horizonte del Vaticano II y de las conferencias de Medellín y Puebla. Lo que ha marcado esta Iglesia en las últimas décadas es la firme convicción de que Dios quiere que construyamos libertad y justicia en esta historia humana. Esa es, sin duda, una de las grandes intuiciones de la *Gaudium et Spes* del Vaticano II. Medellín y Puebla la reafirman y aportan una perspectiva que es ya patrimonio de toda la Iglesia: la construcción de la libertad y la justicia ha de ser, ante todo, una obra en favor de los pobres y los pequeños de esta historia; es más: la obra de la justicia y la libertad en favor de los pobres ha de ser una obra en la que los pobres mismos juegan un rol fundamental y decisivo. Estas grandes perspectivas y opciones son las que han impulsado, a lo largo de muchos años, los múltiples esfuerzos pastorales de avanzar en un proyecto de Iglesia de los pobres.

Una nota de nuestra espiritualidad hoy ha de ser la afirmación firme, terca, en obra y palabra, a pesar y en medio de la oscuridad del presente, de la vigencia de las grandes opciones de esta Iglesia desde el Vaticano II. Se trata de ser coherentes con nuestra historia. Vivir esa coherencia a fondo es, sin duda hoy, participar en la pasión y cruz de Jesús.

"PEGARNOS" AL PUEBLO

Hoy más que antes es necesaria una gran cercanía al pueblo pobre. Sin esta cercanía al pobre, el esfuerzo de seguir firmes y coherentes con las opciones tomadas puede fácilmente caer en ideologizaciones y posturas rígidas que no hacen sino bloquear nuestra capacidad de vivir sin tapujos la realidad actual del país y de

la Iglesia. El pobre nos mantiene en la realidad, a la vez que nos da motivos para vivirla. Y no sólo motivos de "compromiso". Los pobres reales son, también y sobre todo, fuente de amistad y calor humano, de fiesta y alegría en y a pesar de la dureza de la vida. Los pobres reales otorgan la dimensión humana a nuestras opciones.

Las formas de vivir esta cercanía al pobre son, desde luego, diversas. No quiero que se entiendan estas líneas como la defensa de un basismo que afirme que el que no esté directamente en la barriada o en el campo está alejado del pobre. Tales simplismos no deben tener lugar en nuestra manera de vivir la fe hoy. Se trata, más bien, de una cercanía que entienda el sentido profundo de la vida en el servicio y el acompañamiento a este pueblo y su lucha por la vida. Dicho servicio y acompañamiento tienen variadas formas válidas y necesarias, aunque van a significar en muchos casos, como la historia de nuestra Iglesia nos enseña, una cercanía física, cotidiana, a este pueblo pobre. Ese "pegarnos" al pueblo puede y debe asumir distintas formas, pero de eso se trata, de pegarnos a él, de creer de verdad en su potencialidad de vida.

Insistir en la necesidad de una gran cercanía al pueblo pobre es necesario, inclusive, para los mismos pobres. La tentación de despegarnos del pueblo, de dejar de creer en él y en su potencialidad de gestar un camino nuevo para el conjunto de esta sociedad, es una tentación que afecta a todos, sin importar la extracción social. El pobre también necesita "pegarse" a su pueblo.

Asumir la pasión y cruz de Jesús como claves espirituales para el momento presente es, sin duda, continuar y profundizar la opción por los pobres que ha dado sentido a la fe de tantos cristianos en estas últimas décadas. Hoy, en una situación de crisis y oscuridad, no es ofrecida

la posibilidad de dar un testimonio más neto que antes de la razón última de esta opción por el pobre: el Dios, en quien creemos. Vivir en este terreno de lo último, de Dios, un terreno que nos es dado en la vida y el camino de este pueblo pobre, es participar en la experiencia de la pasión y cruz de Jesús. Esta participación desde y en solidaridad con el pueblo pobre, ciertamente constituye un rasgo central de una espiritualidad cristiana hoy.

HEROE O TESTIGO

El momento del país y de la Iglesia sirve, también, para superar estilos que, a fin de cuentas, tiene poco o nada que ver con el Evangelio. Quisiera referirme a sólo uno de ellos: el voluntarismo o lo que se podría llamar la espiritualidad de la entrega heroica. Sospecho que este estilo espiritual, de uno u otro modo, nos afecta mucho más de lo que nos imaginamos. Se trata de un estilo que parte de la negación de nuestra debilidad y que entiende al seguimiento de Jesús como el constante esfuerzo de superar todo lo que pareciera como una concesión a la fragilidad humana que sentimos, o al reclamo de espacios y tiempos en la vida que no puedan entenderse sin más en términos del "compromiso con la gente". En este estilo espiritual, lo que vale es la entrega, el sacrificio de uno mismo, y nada más. Supongo que los psicólogos podrían descubrir no pocos elementos de autodestrucción en este estilo espiritual, voluntarista, de la entrega heroica. En términos teológicos, este estilo tiene mucho que ver con lo que la historia conoce como el pelagianismo, el creer que la salvación es un asunto que puede merecer el hombre con tan sólo su propio esfuerzo, y no un don del Señor que nos es otorgado gratuitamente.

La espiritualidad de la entrega heroica no es una espiritualidad capaz de guiarnos cristianamente en la situación actual. Por el contrario, tiene mucho de pagano;

más se parece a Prometeo que a Jesús. La gran desviación de este estilo espiritual tiene su origen en una profunda incomprensión del mismo Jesús: Jesús es entendido como un héroe que es preciso imitar, y no como un testigo a quien estamos invitados a seguir. Esta diferencia entre el héroe y el testigo es importante. El héroe proyecta una autosuficiencia para afrontar las diferentes situaciones de la vida; es capaz de sacrificarse por los demás, pero su sacrificio, inclusive hasta la entrega de la propia vida, parte de un control de sí, de una voluntad firme y férrea. En el héroe no hay nada de patético. El héroe puede despertar nuestra admiración, pero no inspira nuestra compasión.

Una ayuda imprescindible para la superación de este esquema espiritual tendrá que ser la revisión de nuestra imagen del mismo Jesús. Reconocer, por ejemplo, que Jesús no era un héroe, pero sí un testigo, permite recuperar para el momento actual todo el material del Nuevo Testamento que remite a la experiencia de Jesús como invadido por la angustia y el miedo, la sensación de abandono y de fracaso. El Mesías que permanece fiel a la causa del Reino hasta la entrega de la propia vida no oculta la debilidad propia. Por eso, en el Jesús de la cruz hay algo, quizás mucho, de patético. Por eso, también, la pasión de Jesús es una invitación a la compasión. La figura del Crucificado no es la figura desafiante de Prometeo. San Pablo ha entendido esto profundamente: "La debilidad de Dios es más potente que los hombres" (1 Cor 1,25). Recordar que seguimos sólo a Jesús, y a ningún otro, puede ayudarnos a integrar en una vida de fe las nuevas experiencias de debilidad, miedo e incertidumbre propias de la situación del país y del pueblo pobre.

La espiritualidad basada en una comprensión de Jesús como héroe tiene consecuencia nefastas en el momento actual. Muchos de nosotros vamos conociendo en carne propia la experiencia profunda de la impotencia y del

miedo. La situación del país plantea un reto muy serio en este sentido para la vivencia de la fe: ¿cómo integramos en nuestra vivencia espiritual estas experiencias de sentirnos invadidos por el miedo, la impotencia y el desánimo? ¿Cómo las integramos en la vivencia de la fe precisamente para no estar dominados por ellas? La espiritualidad de la entrega heroica, en un arrebatado de más puro voluntarismo, nos aconseja simplemente no reconocer como legítima la existencia de estas experiencias de fragilidad, de no control de las situaciones que vivimos ni de nuestros propios sentimientos. La debilidad, el miedo, las angustias, no tienen lugar en esta espiritualidad. Es más: el hacer caso de la debilidad propia -por ejemplo, el reconocer la necesidad de tiempos y espacios de recreo y descanso- es una clara señal de infidelidad al Evangelio, porque resta tiempo al "compromiso con la gente", a la tarea evangelizadora.

Lo escrito aquí tiene algo de caricatura, desde luego, pero señala una tendencia que muchos tenemos y que resulta particularmente dañina en el momento actual. La superación del voluntarismo requerirá, como hemos señalado, una revisión de nuestra imagen de Jesús. Otra ayuda para esta superación será el reconocimiento del derecho que tenemos de sentir y expresar la debilidad y miedo que experimentamos.

Una espiritualidad para estos tiempos de crisis insistirá en que el anuncio y la práctica de la Buena Nueva hoy no necesitan de héroes, pero sí de testigos fieles, como Jesús.

LA RENUNCIA A LA AGENDA PROPIA

Vivir la situación del país, y vivirla con fe, supone emprender el camino de la cruz en lo que se podría llamar la renuncia a la "agenda propia". Una de las dimensiones más sorprendentes de la figura de Jesús como la presentan los sinópticos es la ausencia total

en él de la búsqueda de una ganancia propia, para sí, como el fruto de su fidelidad al Reino de su Padre. De una manera sorprendente, Jesús aparece como un hombre totalmente libre del afán de figuración, de la necesidad de ser visto y reconocido como bueno, de tener un proyecto personal distinto del proyecto de su Padre. En este sentido, Jesús no vive para sí. En él no hay una "agenda propia".

Esta ausencia de una "agenda propia" crea dificultades incluso, para los estudiosos del Nuevo Testamento. - Por ejemplo, no parece que Jesús se preocupara por afirmarse como el Mesías. En el Nuevo Testamento, las afirmaciones de mesianidad y divinidad se encuentran en boca de otros, pero no de Jesús. El evangelio de Juan es una excepción a este respecto, pero Juan manifiesta una elaboración teológica sobre la persona de Jesús que le es muy propia. Lo más probable históricamente, al menos lo que una lectura de los sinópticos sugiere, es simplemente que Jesús no se pronunciara claramente al respecto. Los sinópticos, especialmente Marcos, lo presentan como casi obsesionado en no convertir el anuncio del Reino en un vehículo de figuración o ascenso personal sobre los hombres. Jesús se empeña en no ser el centro de su anuncio; para él la Buena Nueva no es su persona, sino la cercanía del Reino de Dios. Es eso y no su persona lo que anuncia Jesús. Esta ausencia de una "agenda propia" en Jesús es la explicación de lo que se ha denominado el "secreto mesiánico" en el evangelio de Marcos: es eso lo que explica también la invitación de Jesús a fijarse en su práctica del Reino cuando es confrontado directamente sobre si es o no el Mesías por los discípulos de Juan Bautista (Mateo 11 y Lucas 7); por eso, finalmente, las referencias a la pasión y muerte de "este hombre" cuando surge la misma pregunta por su persona entre los discípulos (Marcos 8). Jesús da la impresión de que la pregunta por su persona le resbala, carece de interés para él; su interés estuvo puesto en algo distinto, en el Reino

y su cercanía.

De ahí que nuestras profesiones de fe en Jesús como Mesías, Hijo de Dios, son afirmaciones que, por decirlo de alguna manera, niegan la negación. Es decir, rompen con el silencio del mismo Jesús sobre sí mismo. Este rompimiento del silencio es, en verdad, el producto de la experiencia de la Resurrección. La primera Iglesia proclama que él, que no quiso ser el centro de la noticia es precisamente lo fundamental del anuncio, que su persona y su práctica histórica son lo que hay que proclamar como la Buena Nueva. Lo importante aquí es subrayar que esta proclamación de la primera Iglesia-proclamación que es también nuestra- es una ruptura y transformación del anuncio de Jesús como producto de la experiencia de la Resurrección. La Iglesia proclama que él, que no tuvo una "agenda propia", ha de ser el punto central de la agenda de toda la humanidad.

La fidelidad al pueblo pobre siempre ha implicado la renuncia o, al menos, la subordinación de nuestros proyectos personales, por legítimos que éstos sean. Lo que se quiere recordar aquí es la actualidad de esa renuncia; no hay seguimiento de Jesús sin el combate espiritual contra la "agenda propia" que cada uno lleva dentro. En realidad, lo que hemos llamado la "agenda propia" es más que una cosa que tenemos. Abarca, desde luego, lo que tenemos y poseemos, pero remite, también y sobre todo, a nuestro propio ser, a lo que Pablo llama "la carne", es decir, a nosotros mismos en cuanto cerrados a los demás, no abiertos al amor, a apostar la vida por los otros. La renuncia a la "agenda propia" es, a fin de cuentas, el esfuerzo por descentrarnos de nosotros mismos, por centrar nuestra vida en Dios y su causa. Esa renuncia, por Dios y la causa de su Reino, es la práctica de la libertad cristiana.

En qué y cómo concretamente ha de expresarse la renuncia a la "agenda propia" es materia para un

proceso de discernimiento personal y comunitario, de diálogo y confrontación con otros, que evidentemente va más allá de los límites de un artículo como éste. Se trata, simplemente, de no perder de vista que el constante esfuerzo de liberarnos de nuestra "agenda propia", en seguimiento de Jesús, ha de ser un rasgo central de nuestro camino espiritual hoy. Eso porque el momento que vivimos exige una gran dosis de libertad cristiana.

UNA HISTORIA SEGUN DIOS

Un elemento decisivo de nuestra espiritualidad ha de ser una terca afirmación de la dimensión histórica y popular del mensaje evangélico. La ausencia de una "agenda propia" en Jesús es sólo una cara de la medalla. La otra cara, insinuada ya, es la libre entrega de Jesús al proyecto de solidaridad humana querida por Dios Padre. En frase de Jon Sobrino, Jesús se entrega al proyecto de crear "una historia según Dios".

La insistencia en que un proyecto humano, histórico, de solidaridad es posible ha de ser una de las notas de nuestra espiritualidad. La afirmación de la posibilidad de un proyecto histórico de solidaridad es, en la situación que vivimos, un invalorable servicio y aporte del Evangelio a este pueblo.

La Iglesia que intenta evangelizar hoy en medio de la crisis no puede distanciarse de la dimensión histórica y popular de la Buena Nueva, a riesgo de distanciarse del mismo Jesús. Porque Jesús anuncia el proyecto de su Padre justamente en una situación tan o más oscura que la nuestra. Se entrega a un proyecto que conlleva una predilección por los pobres y los insignificantes, con claras implicaciones sociales y políticas precisamente en un momento en que las posibilidades de un "proyecto popular" no resultaban nada evidentes. Decir esto no reduce el Evangelio al ámbito de lo social

y lo político; más bien trata de prevenirnos contra la reducción del Evangelio a una espiritualidad centrada en nuestros sentimientos y mociones interiores. Intenta prevenirnos contra la reducción del Evangelio al ámbito de la familia y de la ética personal. La Buena Nueva aporta, desde luego, elementos terapéuticos y criterios de discernimiento, como también exigencias prácticas a nivel personal, pero lo hace precisamente porque es, ante todo, el anuncio y la práctica de un proyecto profundamente humano en y para esta historia. Y eso es cierto aunque hay que añadir enseguida que ninguna realización histórica expresa la plenitud del proyecto de Dios. Eso no resta importancia a la tarea histórica de solidaridad. Al contrario: sólo subraya que en la práctica de la solidaridad se juega lo que es verdaderamente último para el hombre. Jugar, aunque imperfectamente, en el terreno de lo último es nuestra vocación y responsabilidad histórica.

Vivir la cruz hoy significará, en no poca medida, resistir la tentación de vaciar el Evangelio de su mordiente histórico popular, de refugiarnos en la esfera de los proyectos personales, lo familiar, lo íntimo, como si ésta fuera la única importante para el creyente. Nuestra resistencia se manifestará, también y sobre todo, contra los intentos de convertir al pobre en un mero objeto de la caridad, y no un sujeto activo en la construcción de un proyecto humano de solidaridad y vida. Las sospechas que han surgido recientemente sobre la relevancia del Vaticano II y de Medellín -sospechas que insinúan que estos acontecimientos eclesiales parten de un optimismo ingenuo sobre las posibilidades de la historia humana y no de una profundización en las exigencias de la misma fe- son una de las formas que han aparecido entre nosotros para evadir las responsabilidades históricas y populares del mismo Evangelio. Resistir la tentación de vaciar el Evangelio de su mordiente histórico, en fidelidad al Evangelio y en comunión eclesial, no será fácil, tendrá su costo sin duda, pero ése es nuestro camino espiritual.

VIVIR LA BRECHA

Hoy comenzamos a vivir una situación que exige más autenticidad evangélica de la que tenemos. Hay una brecha entre el nivel de nuestra fe y la poca fe que tenemos- y lo exigido por la realidad. La conciencia explícita de esta brecha ha de ser incorporada a nuestra vivencia espiritual. El reconocimiento de esta brecha nos puede ayudar a entender que el proyecto de Dios no encuentra su fundamento último en nosotros, sino en la fuerza del Espíritu.

La brecha entre las exigencias de la realidad y el nivel de nuestra fe y compromiso tiene algo de cómico que es preciso remarcar. Una espiritualidad que no invita a un profundo humor sobre nosotros mismos, un humor que brota de la conciencia de la brecha entre nuestra fe y las demandas de la realidad, no será capaz de guiarnos en el presente. La herejía pelagiana a la que aludimos anteriormente, y que afirma que la salvación es una consecuencia de nuestras obras, es una visión de la vida cristiana sin humor, perdida en la seriedad. El pelagianismo, como su expresión práctica en el voluntarismo, comete el grave error de tomar demasiado en serio al hombre y su obrar. La salvación en esta comprensión es el fruto del trabajo, de ser consecuente en todo, y nada más; en esta comprensión no hay gracia, salsa, sea ésta dulce o amarga. El pelagianismo, el culto del compromiso, el creer que el futuro no es sino el resultado de nuestro trabajo y dedicación, es una fuente de angustia que nos impide, a fin de cuentas, trabajar y hacer lo que se puede.

La experiencia de la cruz no es la experiencia pelagiana; más bien todo lo contrario. En la cruz Jesús ciertamente experimenta la brecha entre su propio compromiso de fe y las exigencias del proyecto de su Padre. El proyecto de Dios no se agota en la vida histórica de Jesús, ni tampoco en su cruz. La experiencia de la

cruz es, en algo, el reconocimiento y la aceptación de esta brecha entre nuestra fe y compromiso y el proyecto de Dios. En esto nuestra experiencia no es opuesta a la del mismo Jesús. Aceptar esta brecha no es una licencia para el descompromiso; más bien nos abre la posibilidad de un compromiso en libertad, no desprovisto de unas gotas de humor, abierto por eso mismo a la gracia.

ADIOS AL LLANERO SOLITARIO

Finalmente, estas notas no tendrían un contexto propio si no se insistiera en la comunidad de fe como el lugar donde encuentran su expresión y verificación. Hoy día, quizás más que en otros tiempos, la comunidad ha de ser una referencia imprescindible para nuestro caminar en la fe. El camino de la fe es un camino compartido con otros, un soportarse y sostenerse mutuamente, tanto en el diálogo, el discernimiento y la oración, como en el acompañamiento silencioso. El ideal del Llanero Solitario no encuentra eco en la vida cristiana. Nadie puede vivir su fe a solas; o se vive en comunión con otros, o simplemente no se vive. El momento actual es, por tanto, una invitación a revisar la dimensión comunitaria de nuestra práctica cristiana, para renovarla y profundizarla.

La experiencia del Crucificado es la experiencia radical de la libertad, de esa libertad para amar que tanto ha subrayado Pablo. Ese es, sin duda, uno de los motivos de la insistencia en Pablo de no desligar a Jesús de su cruz (1 Cor 2.1-2).

Todas las notas o rasgos de nuestro camino espiritual hoy no son sino diferentes aspectos o facetas de la práctica de esa libertad a la que estamos llamados. Pero esa libertad no es, al fin y al cabo, una conquista nuestra. Es algo que recibimos, es don y gracia. Es algo que hay que pedir en la oración insistentemente, al modo de la viuda pobre que hace la vida imposible a ese juez

sinvergüenza, para lograr la justicia de su causa (Lucas 18,). Nuestra reflexión, por tanto, nos invita a la oración. Con el permiso del lector, quisiera terminar estas líneas con la pequeña oración con la que Ignacio de Loyola concluye sus Ejercicios Espirituales. No se trata de promocionar el gremio de uno, sino de remitirnos a una experiencia creyente de renuncia, gracia y libertad, elementos tan importantes para nuestro caminar hay en la fe. Sin más, dejemos que nos hable el vasco aquel en su castellano tosco y un tanto arcaico:

"Tomad, Señor y recibid
toda mi libertad,
mi memoria, mi entendimiento
y toda mi voluntad,
todo mi haber y poseer;
Vos me lo disteis, a Vos, Señor, lo torno;
todo es vuestro,
disponed a toda vuestra voluntad;
dadme vuestro amor y gracia,
que ésta me basta." (EE.EE.n.234)

(De la revista **PAGINAS**, Perú, Nº 100, Diciembre 1989, Pág. 47-56).